

Joaquín Díaz Garcés, el célebre Angel Pino de *Páginas Chilenas*, murió bastante joven, de cuarenta y cuatro años, el 14 de septiembre de 1921, tras de vivir una sola constante de amor: el periodismo. Si se buscasen razones para recordarlo, únicamente como periodista, repetiríamos que fue el primer Secretario de Redacción de *El Mercurio*, de Santiago, al aparecer el 1.º de junio de 1900, y que más tarde, en 1902, dirigió al fundarse *Las Últimas Noticias*. Pero Díaz Garcés rebasa esta simple reputación de oficio.

Lo memorable suyo son sus artículos de costumbres, condimentados por su agudeza nacional, nunca desmedida, pero siempre, cabalmente, medida en su gracia. Tomás P. MacHale, en el prólogo de sus *Cuentos Escogidos*, de la Editorial del Pacífico, lo acomoda en el "ángulo caricaturesco", situación que le permitió descubrir en los seres y en las circunstancias, su talón de ridículo. La caricatura de Díaz Garcés parecía nutrirse de nuestro bravo ají. Miraba en su torno y no demoraba en percibir de qué lado surgía "la grotesca comicidad de un individuo", medida que para Bernardo Barrios determina la fuerza de una caricatura. Veamos dos ejemplos de individuos y conjunto:

"Don Hermógenes mascaba y tragaba con el ruido con que masca y traga una chancadora de piedras que se le arrojan".

"Había una media docena de señoras de un mismo modelo, año 65 más o menos. Todas ellas se balanceaban un poco al andar, no con la peculiar

ANDRES
SABELLA



que se equivocan, lamentablemente, como escolares, influidos por su vanidad de sabihondos, confundiendo un original de Murillo..., con una copia de Mandiola.

"El respetable caballero, colocado frente a la copia de Mandiola, se caló sus gafas, observó largo rato y murmuró a media voz:

—O esto es un Murillo legítimo, indudable, seguro, o yo soy un animal.

Y sin más rodeos ofreció quinientos pesos por el cuadro".

El primer humor negro de las letras chilenas lo recogemos del cuento *La Batalla de Huamanga*, dolorosa biografía de un héroe pueblerino que, de repente, cae gloria abajo, reduciéndose la verdad de su hazaña y el frescor de sus laureles. ¡Pobre don Crisólogo Torres, degradado, al final de su vida, de capitán a sargento, víctima de la mentira de los que no se conformaban con lucir un héroe pequeño.

El cuento maestro de Díaz Garcés culmina, dramáticamente, en el coraje de Juan Neira (¡qué encantadora figura de huaso valiente y leal tenía Neira!), quien en cierto momento de su heroísmo enfrenta a un joven traidor despechado, a quien acompañan cinco mocetones cobardes que no le ahorrarán cortes al viejo. Este cuento de Angel Pino evoca, por el contrapunto experiencia-soberbia juvenil *Los dos*, de Rafael Maluenda. El sélido Eleazar Pizarro, de Maluenda, y Juan Neira, son troncos de raza, "rotos" en quienes hierven al par, la sangre, la bondad y la inteligencia.

En *Angel Pino*, el periodista no anubló al escritor. Antes bien lo ayudó a tocar, rápidamente, el hueso del interés, liberándolo de literatura. Es un ejemplo que conviene no extraviar. Tomás P. MacHale lo entiende y además lo destaca con acierto, en su intención de chilenidad. Su obra es "un retrato fiel del carácter nacional". Periodistas y escritores honramos, en el cincuentenario de su muerte, a este ángel del gracejo patrio, que tanto pino le puso a su empresa de relator de los altibajos de nuestras gentes de "media tijera". ■

Andrés!

Páginas chilenas

cojera de los patos, sino con el rítmico balanceo de una fragata sobre el mar en calma".

Jotabeche al fundar el artículo de costumbres comprendió, sagazmente, que éste no podía carecer de buen humor; tal vez porque, al transcurrir el tiempo, el buen humor, de sonrisa amable, será la única sal que lo conserve grato. Sin este carguío sutil un artículo de costumbres sería "comido" por los años, como una fotografía velada. La caricatura, destacando un rasgo esencial del sujeto, convierte este rasgo en el verdadero esqueleto, el esqueleto incorruptible del caricaturizado. Jotabeche sazonó sus artículos costumbristas con mano de sabio cocinero. La lección no la desdénó Angel Pino. Su cuento *Incendiario* se levanta maestro en ironía. Ese don Serafín, candoroso y honrado, que pide a las ánimas benditas que realicen por él lo que su conciencia le prohíbe: incendiar su baratillo *La Bola de Oro*, nos brinda una estampa deliciosa de burla y de guignol. *La Bola de Oro* va a pérdidas, hundiéndose, venta a venta, por su generosidad. Don Serafín consigue, una noche de aventuras, que arda consumiéndose completamente; mas no a causa del fuego milagroso aplicado al negocio por las ánimas benditas, sino por la parafina con que lo inunda uno de los vecinos, que ha escuchado, a través del tabique, las rogativas de imposible del honesto comerciante.

En esta línea de burla y de guignol cabe, asimismo, *Historia de un cuadro*, sátira que no perdió actualidad, contra los "entendidos en pintura"